

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

972.073



F 1233

J8

1879



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

I.

“Caiga el pueblo mexicano de rodillas ante Dios, que se ha dignado coronar nuestras armas con el triunfo.

Gracias á su divina voluntad, nos ha sido concedido recuperar el tesoro inestimable de nuestra independencia.

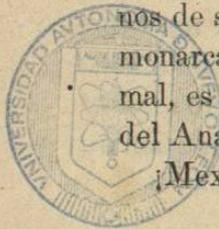
Ha afligido al extranjero que nos oprimia y ultrajaba lleno de soberbia.

Ha afirmado en su santo lugar á este su pueblo.

Porque Aquel mismo que tiene en los cielos su morada, es el visitador y protector de nuestra patria, que hiere y mata á los que vienen de intento á hacernos mal.

El solo excelente, el solo justo y todopoderoso y tierno, es el que ha dispersado las naciones que, como buitres, cayeron sobre México, el que permitió despues, que nuestras virtudes, apagadas con lava del volcan de nuestras discordias intestinas, reapareciesen en el crisol de reveses espantosos, para purificar nuestros hogares, para hacernos mas dignos de sus premios y coronas, y para que sepan los monarcas que el mismo que libró á Israel de todo mal, es el Dios que santifica y guarda la porcion del Anáhuac.

¡Mexicanos! El mundo atónito os contempla,



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez

038367

000607

si bien fraccionado en dos bandos que debeis distinguir y conocer.

El uno se encuentra identificado con la gran nacion cuyos destinos en el Gólgota me confió la Providencia, para representarla, con su divina ayuda, en el Tabor. A este bando pertenecen todos los que habeis, con el valor y abnegacion, reivindicado el derecho inalienable de existir como un pueblo soberano, independiente y gobernado bien ò mal, por vuestros propios compatriotas; los que idolatran la libertad con todos sus tropiezos y peligros, y con todas las cruentas expiaciones que antes de organizarse, exigen en holocausto; los que no han degenerado de nuestros héroes primitivos, que rompieron las cadenas que nos tenian maniatados al vil poste del sistema colonial, tan arbitrario como absurdo; los ciudadanos de todas las nuevas repúblicas de América, que en medio del funesto desgobierno con que los malos hábitos de raza los aflige, se resisten á dar como perdidos los torrentes de sangre con que tantas naciones independientes se fundaron en la mitad primera de este siglo; en fin, pertenecen á este bando, todos los que en ambos hemisferios han simpatizado con nosotros en la hora solemne en que se nos presentó el duro trance, al parecer inevitable, de tener que entregar nuestro suelo, nuestro hogar, nuestros bienes, nuestra independencia y nuestras glorias, á un extranjero dinástico que osó decir à un pueblo libre: "la sumision ó la vida."

El otro bando es aquel que fundó el òrden en la fuerza, y con la fuerza estorsiona, tala y mata: el que deifica al hombre autoridad y detesta el principio bueno ó malo; pero ostensiblemente acoge el principio, bueno ó malo, general ó limitado, aceptado por civilizacion sin discrepancia, por relegado á las altas regiones de la utopia, cada vez que le conviene valerse de las armas que blande su enemigo, para apellidarle inconsecuente, para desacreditar astutamente sus victorias, ó desautorizar con improprios sus castigos.

A este bando pertenecen los que emplean el terror como legítimo medio de gobierno: los que persiguen por sistema à la democracia y sus buenos defensores: los que presentan los cañones como la última razon de las grandes monarquías de la Europa: los que pretenden que el derecho internacional fija reglas solo para las naciones poderosas entre sí: los que en nuestra América han apostatado de la política religiosa de sus mayores, por traicion ó por ódios de partido, ó por el desaliento que inspiran las revueltas continuadas; los que así desesperados, atribuyen á las santas instituciones democráticas los vicios y desgracias que solo proceden de los hombres y dan el mismo resultado en las corrompidas monarquias; en fin, pertenecen á este bando, los que en ambos hemisferios piden, no virtudes públicas, sí reyes, para establecer la paz doméstica desde el Rio Grande hasta el Brasil.

Este bando nos combate de todos modos; de o-

bra, de palabra y pensamiento, con toda especie de armas; las lícitas en la guerra regular, y las prohibidas por el derecho de gentes; con los principios especiales de su escuela y con los nuestros también, adulterado de tal modo, que pueden servirles á la vez de escudo y proyectil. En fin, maneja contra nosotros, segun la ocasion y conveniencia, tanto el hierro como los millares de sicarios que tiene á su servicio, como el falso apostolado de la idea con sus hordas de serviles y sofistas paniaguados.

Al ver en este dia bajo el peso de una derrota vergonzosa y ridícula á la vez, calificará de asesinatos nuestros castigos nacionales, haciéndonos solidariamente responsables. No pudiendo continuar la obra de maldad que pensó llevar á cabo, tomará el papel de los filántropos, y "vendrá ahora á nosotros con vestidos de oveja, no siendo en realidad sino de lobo robador."

Tiene en esta campaña por varios auxiliares, filósofos ilustres, demócratas también como nosotros, hombres de corazón y buena fé, que me comparan con John Brown, por quien suponen murió en la esclavitud, como suponen que por mí vive hoy la libertad. Ni el oscuro abolicionista de Virginia pudo vanagloriarse de la muerte de aquella abominable institucion, ni yo puedo decir que por mí vive la libertad de nuestra patria.

¡Ojalá fuera cierto! La vida de la independencia es la que con vuestra heroica ayuda he recuperado.

¡Esto es grande!

Sin duda que lo es, y al conseguirlo, pretendieron inculcarme los filántropos, que los lobos robadores, que las fieras que acaudillaron estos lobos para asaltar pérfidamente con talas y degüellos diez millones de habitantes, sin sujecion à regla alguna, son nada mas que "violadores de principios, que un principio ha de salvar; perseguidores de un derecho, que un derecho ha de abrigar." Reclamaron para el jefe de esas fieras el carácter de simple usurpador, como fué por ejemplo el gran Napoleon para la Europa, y también sucesor cuando dió muerte á la última república francesa. Llegaron hasta el vicioso extremo de invocar en su favor el gran precepto de Dios "no matarás," para concluir que yo, como vuestro presidente, debia en "augusta estupidez," solo saber que la vida humana es inviolable.

Jamás para el político han sido razon las bellas frases. La sublime poesía las lleva al corazón para atacarle y conmoverle; pero el sano entendimiento no podrá nunca tomarla como ciencia, ni como principio saludable para el cristiano régimen del mundo.

Por esto, la nacion, al sonar la hora del gran juicio, juzgó y castigó.

Los rancios estadistas y la prensa monárquica me han llenado á una voz de maldiciones, al decirles el cable submarino: "los que osaron asaltar la nacion del Anáhuac; los que encabezaron el crimen

espantoso de aherrar su independencia, talando, incendiando, degollando, ya no existen; México triunfante usó de sus derechos."

La opinion predominante en ese antiguo mundo, en que el derecho está identificado con los reyes, y considera á los pueblos como carne de cañon únicamente, se ha levantado en masa contra nuestros castigos nacionales. Su estupor, su indignacion debia esperarse; es la exaltacion de la injusticia que se encuentra extrangulada en el lazo mismo armado contra el inocente que convierte en enemigo de su maldad. Nos ha dirigido, por tanto su candente improbacion. Háse dicho en Inglaterra, en pleno parlamento, que los anales de la historia no registran un acto mas odioso que "el suplicio de Querétaro:" en Francia, que ha sido tan inútil como cruel, y que no debe extrañarse en un pueblo de salvajes. La cólera del Austria ha ido mas léjos: establece que los traidores, que los malvados que á sabiendas empleó la llamada intervencion, es el pueblo mexicano; y con este supuesto tan absurdo, hace responsable á la nacion de haber llamado á un príncipe extranjero para entregarle una corona, y de haberle abandonado con engaño, hasta el punto de impedirle que abdicase, cuando las tropas francesas le dejaron sin medios de prolongar por mucho tiempo su obra de destruccion en nuestra patria.

He dicho suplicio de Querétaro, porque *uno solo* es el que ha levantado las iras de Europa: en uno

solo es en que ellos ven violados todos los derechos: su pretendida humanidad protesta contra él solo. Su moral cristiana decantada, solo dá fueros al advenedizo emperador, víctima de una cruzada criminal acometida por linajes que han perdido la verdadera nocion del cristianismo. Para los estadistas y la prensa monárquica de Europa, no hay cuestion respecto à los traidores que sirvieron de instrumento á un archiduque de antiquísima prosapia. No tienen para aquellos ni derechos, ni moral, ni religion; no apelan al principio, sino cuando una "estirpe divina" lo hace necesario.

¡Compatriotas! En este dia solemne en que México ve flotar de nuevo su verdadero pabellon, cumple á mi deber de alto magistrado, demostraros que sus colores no se han manchado con sangre alguna derramada por crimen nacional; y que los castigos que la conciencia pública dictó, que su tribunal sancionó y yo hice ejecutar con fórmulas legales, no violan la moral del Evangelio, y mucho menos, por consiguiente, los principios sanos mas trillados de la legislacion universal.

Estableceré con toda claridad los precedentes y los hechos, para poder juzgarlos con acierto.